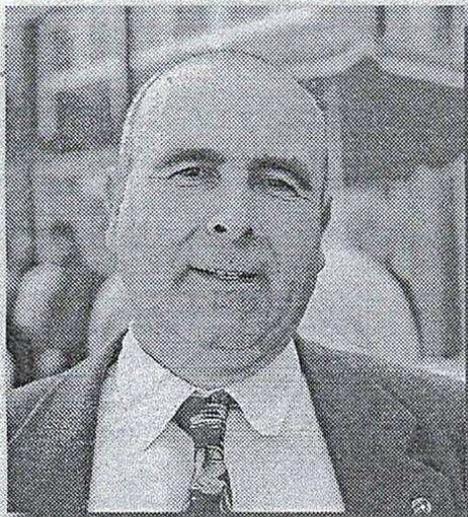


Niña Begonte



PEPE POL*

Estaríamos a finales del siglo XIX cuando un gallego natural de Begonte marchó a buscar su modo de vida a tierras americanas, concretamente a Brasil, pues allí se habla la lengua de Camoens, la que es hermana lingüística de la de Rosalía; pues al menos allí, aunque le faltaran muchas cosas de su querida Galicia, sobre todo el calor familiar, tendría algo muy importante, el habla semejante. Indescriptible resulta relatar la emoción, el cataclismo sentimental, que experimentó aquel mozo cuando marchó de Terra Chá dejando a sus padres ya muy ancianos y solos, pero había que emigrar, era una forzosa necesidad. Al verse a punto de embarcar en el “peirao” de Vigo, envuelto en un río de gentes y en un mar de saladas lágrimas más amargas que las del gran piélagos, sintió miedo y sus manos estuvieron a punto de soltar aquella maleta de madera, la que llevaba la riqueza de los sentimientos y la pesada pena y tristeza que supone emigrar.

Entre los recuerdos, no faltaba junto a las fotos de la familia, una de Begonte y su iglesia a la que se iría encomendando todo el viaje, en toda esa travesía del largo periplo, largo y mucho más lo es

cuando físicamente y afectivamente se desea quedar y la necesidad empuja como huracán de miseria desarraigando a la planta humana de su sitio, de ese Begonte del alma.

Llegado a Sao Pablo junto con otros gallegos, volvió su mirada buscando a Galicia pero todo lo que su vista alcanzaba a ver era mar y mar. Sería con esos paisanos suyos, con los que le unieron los lazos de la amistad, con los que sería contratado allí, en el mismo puerto, para trabajar en un cafetal de un pueblo cercano a la gran urbe.

Desde allí, una vez establecido, empezó su correspondencia epistolar con sus padres, que eran como un diario de sus peripecias. Un día, pasados un par de años, un vecino con el que se carteaba le comunicó que sus padres ya marcharon de esta vida, que dormían el sueño eterno. Aquel hombre lloró desconsolado y afligido por tan sentida pérdida y por no estar a su lado en tan postrero instante. Envío unos cuartos al citado vecino para que no faltaran unas flores en la tumba de sus progenitores. Pasado un tiempo casó con una nativa, una mujer de color, esto le costó que algunos de aquellos paisanos suyos, personas que no saben que en el corazón todo es del mismo color y que todos somos hermanos, sin distinción de razas, dejaron de relacionarse con él, pero a nuestro protagonista, lo que le importaba era el estar enamorado y quizá esto le sirvió para desenmascarar a ese grupito de pseudoamigos. Lo importante era ser felices aunque la total felicidad no la tendría hasta que volviera a su Begonte. Como fruto de aquel amor

nació una niña morenita como la virgen de Montserrat. Le pidió a su esposa que por nombre le pusieran Niña Begonte. La mujer, sin dudarle accedió y así quedaría bautizada.

Transcurrieron los años y el begontino exhausto del trabajo en aquellos cafetales feneció sin ver cumplido su sueño, el de regresar y también, no habrían pasado un par de años la mujer, apenada, marchó con él en el viaje que no hay que sacar billete. Niña Begonte quedó sola y triste, era pobre de solemnidad, pues su padre ganaba un salario tan mísero que escasamente les daba para sobrevivir, al morirles ya no tenía el adminículo económico y afectivo que todo niño precisa e incluso el hombre estando en otros estadios del vivir, pues la presencia de un padre y madre son como los dos pies del ser humano para caminar con seguridad.

Con once añitos empezó a trabajar y se propuso que cuando adquiriera lo suficiente para el viaje a Galicia se vendría en el primer barco que partiera rumbo a Vigo. Tanto le habló a su hijita de Galicia y Begonte que ella deseaba realizar ese viaje que su progenitor anheló siempre y no pudo hacer. No le importaba abandonar su lugar natal, siempre y cuando llegara a encontrar el de sus raíces paternas. Llegó un día ese momento, en verdad que en el barco sintió miedo de marchar a lo desconocido. En el puerto de Vigo, al desembarcar quiso no hacerlo pero se hizo la fuerte y empezó a deambular como lo hace el que está perdido y unos señores notaron esa inseguridad y le dijeron: “Niña, necesitas ayuda”. Ella titubeando les dijo

que sí y les contó su breve pero grandiosa historia y, como casualidad, ese matrimonio, era de Lugo y le dijeron que viniera con ellos.

En el camino le comentaron que ellos eran parientes del cura de Begonte y que en esos días de finales de noviembre iban a ir a esa iglesia para ayudarlo a montar el mejor Belén que existe en Galicia, el de Begonte, un belén electrónico que ya tenía fama en medio mundo. Niña Begonte no entendía nada pues nunca había visto ese pueblo ni ese belén, pero sentía mucha emoción por ver el pueblo de su padre.

Cuando se acercaban hacia Begonte su cuerpo se estremeció, pues en vez de casas de un pueblo le pareció ver en el mismo suelo en la "Chaira" una estrella grandiosa y de un brillo deslumbrante en cuyo centro estaba, se alzaba la figura de Cristo que extendía sus brazos como recibiendo a todos y como aureola un lema "Este es el pueblo faro de cristiandad, aquí donde es el fin de la tierra". En la entrada de la puerta de la iglesia una niña rubia como el sol, de una melena maravillosa, una muchachita que parecía la virgen misma, agarrada de la mano de su madre, le decía: "mami, ha llegado una negrita". "¿Será un paje de los Reyes Magos que viene con antelación?"

La madre calló y Niña Begonte les regaló una sonrisa amplia al mismo tiempo que decía: "No, nena, yo vengo para recoger aquí mis reyes, el mejor regalo que me han dejado en mi vida, ver este pueblo iluminado por la luz del Niño Dios". El matrimonio que la acompañaba y los presentes

comprendieron que aquella chica emigrante más que buscar un bienestar socioeconómico buscaba tocar y coger la tierra de sus raíces, argumentando que deseaba ayudar a montar el Belén de Begonte estuvo unos días ayudando y en su mochila guardó un puñado de tierra y musgo mientras, en voz baja, decía: "Este es el regalo que recibo de Begonte, la tierra donde nacieron mis raíces y reviven mis sentimientos".

Cuando se clausuró el Belén begontino, allá por finales de enero, la muchachita morena dejó de verse por la iglesia, pues en tanto el Belén estuvo abierto al público todos los días venía y pasaba un par de horas por allí. Ni nosotros ni aquel matrimonio sabían ni supieron donde se alojaba, le preguntaron alguna vez y no quiso dar respuesta. Lo cierto es que, con los últimos días de enero de aquel año, desapareció como estrella fugaz y nunca más se volvió a saber de ella, pero eso sí, cuentan los más viejos de Begonte que en cada Navidad alguno de ellos ha visto en alguna ocasión venir al belén una mujer morena y muy anciana que nadie por esta tierra conoce y que deja unas flores a la entrada de la iglesia diciendo en una nota que felicita a los que le dan vida a ese evento tan cristiano porque gracias al belén electrónico de Begonte, gracias a ese puente espiritual tierra y cielo están muy unidos.

Al igual que ella somos muchos los que no vamos en todo el año a ese pueblo de Terra Chá pero por Nadal o enero, finales y principios de año, hacemos nuestra obligada visita a esa cita donde en esas fechas brilla la luz de las luces de la humanidad, la Estrella de la Verdad, el Begonte de la Navidad.

** O poeta de Montefurado.*